

January 1988

Lirismo de empatía y simbiosis con la naturaleza en la poesía de G. Pardo García

Lucilo Echazarreta Sarabia

Universidad de La Salle, Bogotá, revista_uls@lasalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Echazarreta Sarabia, L. (1988). Lirismo de empatía y simbiosis con la naturaleza en la poesía de G. Pardo García. *Revista de la Universidad de La Salle*, (16), 275-278.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Lirismo de empatía y simbiosis con la naturaleza en la poesía de G. Pardo García

Por LUCILO ECHAZARRETA SARABIA*

La naturaleza es una constante temática en la poesía de Pardo, que comienza desde sus primeros versos y no se extingue en toda su obra: la tierra, el árbol, el mar, los montes, el desierto, las sementeras, labranzas y animales... son los objetos preferidos de su inspiración. Pero hay que advertir también que desde sus primeros poemas —como puede verse en “Fascinación”, “Diafanidad” y “La sangre fiel” de la edición original de **Voluntad**— la naturaleza, sin anular su realidad, adquiere una dimensión netamente simbólica. La primera característica general que se observa en esta forma lírica es que la naturaleza no se reduce al paisaje sino en muy contadas ocasiones, ni se centra en la descripción de sus formas y manifestaciones, sino que queda interiorizada como modo expresivo del alma del poeta. Se convierte en el mundo genuino y original al que recurre Pardo para expresar el paisaje de su alma y de toda la creación, recogiendo de ella sus imágenes, ideas, metáforas y comparaciones como elementos expresivos de su poesía. Muy bien advirtió este Germán Arciniegas ya desde la primera obra de Pardo —**Voluntad**: “El paisaje ha dejado de ser descriptivo y empieza a ser entraña y profecía. La imagen ya no es copia sino una proyección de energía inexploradas”(1).

El mundo de la naturaleza es el arsenal de inspiración y de imágenes que se funden, transforman y combinan con la interioridad del alma por lo que, a veces, la naturaleza adquiere tonalidades de tristeza, de dolor y presagio mostrando su sintonía con el momento espiritual del yo. De

* Filósofo de la Universidad de La Salle.

El presente texto corresponde al Capítulo VI de la Tesis de Grado del autor: **Estilo y evolución lírica de Germán Pardo García**, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de La Salle, Bogotá, 1979.

1. Germán Arciniegas, **Introducción a Voluntad**, p. 14.

aquí resulta un lirismo netamente subjetivista que tiene muchísimo menos de exterior y paisajista que de topografía espiritual, de paisajes subjetivos y panoramas del alma.

En segundo lugar, como veremos más detalladamente, la naturaleza toma en la poesía de Pardo un carácter arquetípico y simbólico. Se convierte en el prototipo de lo perfecto, lo genuino y culmen de toda belleza. Esta forma de contemplar y expresar la naturaleza lleva progresivamente a nuestro poeta hacia una empatía según la cual el hombre —el yo— queda transformado con los atributos de la misma naturaleza en un intento de sentir con ella para desvelar sus arcanos y para revestirse de su genuinidad y pureza. Así hallamos en muchos poemas expresiones en que se presenta el poeta convertido en árbol y metamorfoseado de elementos naturales. Así se entiende también que escriba poemas en que muestra su familiaridad con los elementos y formas mínimos de la naturaleza como la oruga, el árbol, etcétera.

En tercer lugar, esta forma de contemplar la naturaleza, produce una transformación y recreación de la misma que queda convertida en un paraíso original o en un paraíso final al que tiende y del que procede toda la humanidad y el universo. Con ello, el mundo natural queda revestido de atributos cuasidivinos y cuasirreligiosos y esta forma de contemplación acabará produciendo en la poesía de Pardo un lirismo panteísta y gozoso en que divinidad, belleza, contemplación, y goce creador rondan siempre en torno al misterio hermoso —y natural— de la creación.

A pesar de que nuestro poeta recoja muchas de sus imágenes poéticas de este ambiente natural desde sus primeros poemas, es en esta época (1937-1947) donde toma fuerza este género lírico. En efecto, en los tres sonetos finales de **Poderíos** hallamos el primer canto directo de la naturaleza en que se hace una preciosa síntesis de los paisajes del páramo andino. Más tarde, en su obra **Presencia**, aparece la naturaleza en forma menos directa y más cargada de simbolismo; el soneto "Árbol humano" representa la primera fusión de la esfera del yo con el mundo de la naturaleza, transformado por los atributos del árbol: un "árbol corazón" cuya "raíz con su sabor de suelo" vive de la entraña del mundo. En esta obra se hallan también cinco sonetos que forman un ciclo dedicado a la naturaleza a la que el poeta da caracteres religioso-sacramentales, de modo similar a como vimos se hizo con otros motivos. Igualmente, los cuatro sonetos últimos del libro, dedicados al otoño presentan una simbiosis entre características del otoño y tristes evocaciones del alma.

En su siguiente obra **Claro abismo** Pardo sigue cantando a la naturaleza en forma exaltada y religiosa; en su ciclo titulado "Palabras a la tierra", ésta queda convertida en símbolo de lo divino y en cuasisacramento; la tierra que nos da su "noble sabor" divino es símbolo y fuente de la vida y a la vez, el último ser que nos acogerá en sus brazos.

Es principalmente en **Sacrificio** donde se da una reintegración del yo con la creación y donde el lirismo de Pardo marca una nueva etapa desplegándose en versos largos cuajados de emoción sencilla por la naturaleza. Sus tres poemas “Estrofas a las flores”, “Estrofas a los árboles” y “Estrofas con pájaros”, constituyen el punto inicial de este cambio estilístico. La naturaleza es cantada aquí en toda su sencillez y genuinidad, sin tonalidades religiosas y sin grandiosidades rebuscadas, fuera de todo intelectualismo. Aquí Pardo inicia un canto desplegado en el verso amplio y poema libre, pero un canto delicado, sencillo y con un claro tono coloquial. El poeta compone sus versos en un diálogo —en un juego— con las rosas, y con los pájaros. Aquí aparece como si la inspiración lírica comenzara a olvidarse de trascendencias y de conceptualismos para convertirse en niña. El tema está limpio de toda trascendencia para quedar solo en la inocencia del diálogo directo con la naturaleza:

Surgirán de mis labios las palabras más puras
para hablar con las rosas y los nardos gentiles.

¿Qué les diré a las rosas cuando así me pregunten
por el suave color de otros días lejanos?

Les mentiré a las rosas para que no comprendan... (2)

¡Qué delicadeza la de estos versos! Para escribir así, Pardo ha tenido que amansar y acallar muchos marasmos internos y dejar que salga de su interior ese alma niña que tan pocas veces asoma:

Para hablar con los pájaros
es preciso tener un corazón de niño.
Sentir como los niños y descifrar su abecedario
de enigmáticas lilas.

Del dictado sencillo de la naturaleza, surgirá el verbo preciso, el verso amable y la musicalidad de la poesía.

EL PAISAJE

Pocos son los poemas en que Pardo ejerce oficio de retratista del paisaje. Sin embargo, en **Poderíos** incluye tres sonetos alejandrinos en que la descripción del paisaje se hace pictórica y escultural. Son “Los páramos”, “El pantano” y “Los riscos”. Todos ellos son una vigorosa descripción

del páramo “El Verjón” cercano a Bogotá, en que vivió el joven Germán en su segunda ciudad natal —Choachí—, con sus lluvias, sus brumas constantes, sus pantanos encenegados, sus cumbres peladas y ariscas. Pero, incluso en estas descripciones tan cinceladas, deja Pardo escapar su fibra adolorida, en consonancia con el paisaje tosco que acompañó su niñez solitaria. Lo más sobresaliente de estos tres sonetos es su vigor descriptivo, sus versos escultóricos fuertes y resonantes.

Son sonetos estos de cierto corte modernista al modo de Santos Chocano en su **Selva virgen** y con ciertas aproximaciones parnasianas en su búsqueda de imagen y deslumbramiento. El soneto “Los páramos” tiene en su descripción de los caballos fugitivos, cierta similitud con el soneto “Atropellados...” de José Eustasio Rivera, cuya obra **Tierra de promisión** fue seguramente leída por Pardo. Estos sonetos del poeta de Choachí, por su colorido e intención descriptiva de su tierra, son seguramente el germen de sus poemas de temática indígena o tropical, muy poco cultivada por Pardo, pero con gran intensidad.

Veamos el soneto “Los riscos” como ejemplo de este vigor descriptivo de que hace gala Pardo y observemos, de pasada, el hincapié que se ejerce en los versos finales de cada estrofa que resultan los más fuertes y expresivos:

Altos, desnudos riscos, que desde la meseta
se ven como sedientos de luz y de ternura.
Bloques de esclavitud, cúpulas de amargura,
que la ventisca en sombras de adversidad agrieta.

Abajo, al pie del monte, parásita vegeta
mezquina flora en charcas de asolación oscura;
y arriba, eternizando titánica tortura,
los combatidos riscos sobre la cima escueta.

Sepultos en la noche, su lobreguez espanta.
Mas, cuando la tiniebla se inflama y se agiganta
con hondo retumbar de nube y de montaña,
desciende hasta los riscos a consolar su entraña
un cárdeno relámpago de atormentada luz.(3)

A mi entender, el lirismo del paisaje comienza aquí y aquí acaba. Ciertas ráfagas de paisajista evidentemente se darán en muchos poemas posteriores de Pardo, pero un poema eminentemente descriptivo del paisaje no se hallará. Solo estos tres magníficos sonetos pueden catalogarse en esta forma lírica.

(3) Poderíos, 1937, pp. 90-91.